

con el agua”, que contienen fotografías y estrategias puntuales sobre la gestión del recurso hídrico desde la sociedad civil.

Además, se realizó la *Maleta Zenú* hecha por investigadores del Museo del Oro para maestros, que contiene un material en el que se divulga el patrimonio cultural colombiano representado en el sistema de manejo hidráulico de los antiguos zenúes, que durante mil años vivieron en la depresión inundable del bajo río San Jorge y sacaron siempre el mejor partido de las inundaciones anuales que actualmente causan desastres y emergencias sociales.

Adicionalmente, en la Biblioteca Luis Ángel Arango, se desarrollaron *cajas viajeras* para leer en bibliotecas, escuelas y comunidades rurales, material que permite acercar a niños y jóvenes al tema del agua como recurso natural, desde varios puntos de vista como la geografía, la ciencia, el arte y la literatura.

Así mismo, se desarrolló la página web del Proyecto del agua: www.banrepcultural.org/agua en donde está toda la información relacionada con el proyecto, y los videos y enlaces de interés y al material documental que se encuentra en la Biblioteca Luis Ángel Arango.

El proyecto continúa

Como el agua, el proyecto cultural fluye, recircula o toma nuevos cauces. Por ello, durante los siguientes años se fortalecerán los recursos web del proyecto y se apoyarán todas las gestiones para que los productos del agua lleguen cuenca arriba o cuenca abajo, pero con el impacto y la apropiación esperada.

Sandra Concha Roldán

Profesional de la Subgerencia Cultural
del Banco de la República y coordinadora del proyecto

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Post tenebras lucem

La maldición

MANUEL MARÍA MADIEDO

Diente de León, Bogotá, 2010, 113 págs.

Tránsito

LUIS SEGUNDO DE SILVESTRE

Diente de León, Bogotá, 2011, 161 págs.

LA EDITORIAL DIENTE de León, bajo la dirección de Carmen Elisa Acosta, y con la producción y el diseño de Ricardo Alonso, ha emprendido una valiosa aventura bibliográfica: La biblioteca del río, dedicada al río Magdalena, arteria fluvial del país y eje de su historia social, económica, política y cultural. La Biblioteca se concentra en la escritura literaria, en un sentido extenso, e incluye novelas, poesía, teatro y drama (*sic*), pero también ensayos, biografías, literatura infantil, relatos de viajeros, crónicas, tradiciones, mitos, memorias, leyendas y biografías. Para ser exhaustivos, faltarían el cuento, la poesía tradicional y las canciones populares, de los cuales existe una interesante producción. Pero podrían añadirse, en una perspectiva mucho más amplia, los estudios históricos y lingüísticos y una cuidadosa selección de obras pictóricas y fotografías.

La biblioteca se inicia con la edición de dos novelas en las cuales el río figura como el escenario principal y cumple un papel protagónico: *La maldición* (1859-1860) del cartagenero Manuel María Madiedo (1815-1888), texto que inaugura el tópico del río Magdalena en las letras colombianas, y *Tránsito* (1886), del bogotano Luis Segundo de Silvestre (1838-1887), la cual sintetiza las tendencias novelísticas decimonónicas –romanticismo, costumbrismo, realismo– y ha sido considerada, desde una perspectiva estética, como la mejor novela costumbrista, pese a su aparición un tanto tardía, casi anacrónica. Cada libro trae como portada una obra plástica destacada, la presentación de la novela, la edición anotada, la biografía y la bibliografía del autor.

La maldición

Plena de sugerencias estimulantes, la presentación de la profesora Carmen Elisa Acosta cumple a cabalidad con la función de todo prólogo: despejar el camino y ampliar las perspectivas para la plena comprensión y disfrute del texto. A partir de una reflexión sobre las particularidades de la lectura de novelas que, gracias al choque que produce entre el mundo narrado y las expectativas, los deseos y la memoria del lector, permite a este

una afinada percepción de similitudes y diferencias entre el mundo de la ficción y la experiencia de la realidad, Acosta resalta la diferencia entre la mirada del habitante de un territorio, dueño de los secretos del mismo, y la del viajero que irrumpe en esos dominios y quiere ofrecer su testimonio. A su juicio, por lo demás acertado, la visión de Madiedo corresponde a la del extranjero que, con frecuencia, se queda en la superficie o no tiene la paciencia o la voluntad suficientes para comprender la singularidad del ámbito observado.

La editora sitúa la obra de Madiedo en la generación posterior a la independencia, la cual, a través del periódico *El Mosaico* (1858-1872), puso a la prensa y a la literatura al servicio de la consolidación del discurso de y sobre la nación. La meta era la escritura y la difusión de una literatura nacional que trascendiera la pequeñez de las pasiones partidistas de liberales y conservadores, las limitaciones del vasto analfabetismo en el país y las dificultades de transporte y la distribución del periódico en un ámbito de incesante guerra. El proyecto de *El Mosaico* coincide y se hermana con la necesidad de describir la geografía del país, impulsada por la Comisión Corográfica (1850-1862). Tal confluencia de voluntades contribuyó a la entronización del cuadro de costumbres como la opción literaria dominante entre mediados del siglo XIX y sus postrimerías, hasta el punto de convertirse, por su proliferación incesante, casi en un atributo de la personalidad nacional.

La maldición va a cumplir con ese propósito de configurar “la nación y sus palabras en diálogo con los discursos políticos y religiosos” (pág. 12), en la medida en que el autor combina en su obra la fascinación por el paisaje paradisíaco de las riberas del río con el drama trágico de la locura y el sufrimiento interior del protagonista, Carlos, joven letrado, formado en Europa, incapaz de actuar sobre la realidad, tanto por su desequilibrio mental, como por su visión de la realidad como contrarios inconciliables –mundo exterior e interior; belleza física y desastre espiritual; saber popular y conocimiento libresco; cristiano y no cristiano; humanos y monstruos inenarrables (brujas, mohanes y “sarvajés”), entre otros–, variantes de la oposición fundamental entre civilización y barbarie. Madiedo intenta superar la visión dicotómica mediante la descalificación y la exclusión de uno de los elementos, el americano, un tanto a la brava, a través del dogma autoritario del cristianismo.

Entre los aciertos sugerentes del prólogo, que invitan a una ampliación, cabe mencionar: la formulación del diálogo entre la novela, publicada en trece entregas, y los textos vecinos que la acompañaron en el periódico, como ocurre con el ensayo “La variedad de los gustos” de Eugenio Díaz Castro, que explicita el horizonte de

expectativas en el cual se inscribe la obra de Madiedo, el de la novela de costumbres, atenta a la verosimilitud y a la música popular; el análisis del papel de los ancianos, el pescador Diego y el misántropo padre de Lesbia, la novia del protagonista, motores del relato; el estudio del tópico de la fatalidad de la maldición y su relación con el sistema de imágenes funerales; y la indagación en la visión blanca eurocentrista, excluyente del otro que, por supuesto, no invalida el mérito de haberse atrevido a registrar el habla y las costumbres de los bogas, personajes emblemáticos de la cultura popular de Mompos y las tierras aledañas, con lo cual Madiedo sentó las bases para una literatura regional que alcanzaría interesantes desarrollos en los escritores caribeños posteriores, comenzando por Candelario Obeso.

La presente edición incorpora a la novela el texto “El boga del Magdalena”, incluido en la antología *Museo de cuadros de costumbres, variedades y viajes* compilada en 1866 por José María Vergara y Vergara, cofundador de *El Mosaico*, el cual llena el vacío debido a la colección incompleta (falta el núm. 41, correspondiente al sábado 15 de octubre de 1859) del periódico que conservan las principales bibliotecas del país –la Nacional y la Luis Ángel Arango–. La inclusión de este texto antológico no solo permite una comprensión mucho más completa del mismo, sino que proporciona a la novela un momento de alta calidad literaria que la fortalece. La edición se complementa con el ensayo de Alfredo Gómez Muller acerca de la ideología de Madiedo, su pensamiento profundamente conservador, su molestia por la deslealtad de sus copartidarios, la cual lo llevó a militar en el partido liberal al que veía como “una variante del conservador” y el peso pesado de los valores del cristianismo y la tradición en su visión del mundo. Por último, se incluye una cuidadosa bibliografía de cinco páginas, integrada, sobre todo, por artículos políticos y religiosos, a cargo de Rodrigo Mariño, estudiante de la Universidad Nacional de Colombia. La portada es la obra de Alipio Jaramillo, *Pescadores del Magdalena* (1940).

Con esta novela, los lectores de la literatura del Caribe colombiano pueden ampliar la visión parcial de este autor, mejor conocido como poeta (“Al Magdalena”) y ensayista político que como narrador. Sería interesante que la Biblioteca incluyera en su proyecto *Nuestro siglo XIX* (1868), reunión de cuadros de costumbres unidos por un incipiente hilo novelesco

que constituye una valiosa representación de las íntimas miserias y mezquindades de nuestra historia. •

Tránsito

La edición de esta obra de Luis Segundo de Silvestre, que entra en la extensa galería decimonónica latinoame-



ricana de novelas con nombre de mujer –*María Dolores, Yngermina, Rosina, Manuela, María, Clemencia, Santa, Cecilia Valdés, Dolores, Amalia y Camila Sánchez*, entre otras–, estuvo a cargo de la profesora Carolina Alzate. De manera sintética, sin perder la densidad, la editora muestra cómo se cumple puntualmente en *Tránsito* la poética de la novelística de la segunda mitad del siglo XIX, orientada hacia la mimesis de paisajes, pobladores y costumbres.

Novela del desamor en vida o del deseo póstumo de Andrés, blanco bogotano que se resiste al amor que le ofrece Tránsito, pisquita pobre, plebeya y provinciana, candorosa campesina de tierra caliente, muy segura de sí misma y distinta de las de su clase (no le gustan la bulla, las carreras de caballos, las corridas de gallos, el baile del bunde ni las fiestas de toros y aprecia la música clásica) quien, huyendo del acoso sexual del incivil hacendado Urbano (que en represalia por su desprecio incendió el rancho de la familia de Tránsito, hizo encarcelar al padre y puso a la madre a errar en busca de trabajo, junto a sus otras dos hijas), se encuentra, en un viaje en balsa por el río, de Purificación a Girardot, con Andrés, se enamora para siempre de él y, sin importarle las diferencias sociales y étnicas que la separan del blanco capitalino, se propone, de frente, conquistar su amor. Pero Andrés, educado en forma rígida por su tío, protector y practicante de la disciplina militar, no puede (ni lo intenta) desprenderse de la recomendación de este, impregnada de prejuicios acerca del peligro de las mujeres del pueblo. Dominado por el miedo, Andrés se resiste al menor contacto con Tránsito hasta cuando Urbano, persistente en su persecución, y despechado, decide dispararle por la espalda, después de haberla manoteado y levantado a patadas, en público. La muerte de Tránsito le revela a Andrés la dimensión angelical de la campesina que, en adelante, se le convierte en una obsesión, y en busca de la tranquilidad de su corazón, exhuma el cadáver de la ahora adorada y se lo lleva a la ciudad para tenerlo cerca y rendirle honores de ultratumba.

Carolina Alzate nos entrega las coordenadas para apreciar a plenitud esta novela que pese a su pusilánime, pero pragmático protagonista, fluye con interés que no decrece, aún en los momentos en que el narrador se distrae de la trama para incorporar cuadros y diálogos costumbristas sobre el aindiado Mohán, el indio brujo el Poira, las comidas de los pobres, las fiestas de San Juan y San Pedro, las cabalgatas, las bebezones de aguardiente, el baile del bambuco, el tejemaneje del tabaco, etc. Para Alzate, la obra responde a las expectativas y a la dirección del gobierno de la Regeneración con su estricta separación de clases sociales, su orientación centralista y

religiosa por parte de la elite paternalista que se esfuerza por impedir cualquier cambio en la estructura social. El narrador es, pues, un continuador de ese grupo de escritores, encabezados por José María Vergara y Vergara, Manuel María Madieto, José Manuel Marroquín, entre otros, interesados en fundar la nación con apego a la tradición filológica hispánica (como lo evidencian los títulos de los capítulos: rancios refranes castellanos) y la religión católica: casticismo y castidad.

La presente edición incluye un extenso y significativo fragmento, nada menos que la introducción eliminada en

las reediciones anteriores, no se sabe por qué motivos. Lo cierto es que esta introducción funciona a la vez como un epílogo, pues no solo ofrece el marco narrativo, en el que se cuenta cómo llegó el manuscrito a manos del autor y por qué lo publica, sino que también aporta tanto el desenlace de la novela, conferido a la divinidad justiciera que castiga al asesino ahogándolo en el río, como la situación futura del narrador, quien ha consumado su ascenso social

y económico al cual no hubiera podido acceder de haber respondido al amor “de escaleras abajo” de Tránsito. Por otra parte, la introducción aporta pistas para la ubicación temporal del relato y esboza la poética narrativa que rige la construcción de la novela, preocupada por la verosimilitud y orientada hacia las astucias del realismo, al tiempo que le confiere un cierre simétrico al relato: la apertura con la afirmación de la victoria del protagonista masculino y el cierre con la derrota de Tránsito y su trágica muerte. Por otra parte, con ese triunfo del narrador arribista, un individuo criollo blanco, bogotano, letrado, de noble cuna, la utopía latinoamericana del mestizaje abandona la ficción y pasa a la historia.

En esta novela ocupan, de nuevo, un lugar significativo los bogas zambos del Magdalena, al lado de otros personajes populares como los habitantes de los caneyes, las caseras, los pescadores, los dueños de pulperías, las cintureras y las cigarreras.

Esta edición, acompañada de pertinentes notas de pie de página relacionadas, sobre todo, con el léxico local y las circunstancias históricas, se complementa con la biografía de Luis Segundo de Silvestre por el escritor Carlos Orlando Pardo, en la que nos narra su experiencia de precoz burócrata (a los 19 años fue secretario del presidente Mariano Ospina Rodríguez), su participación en la guerra civil en el bando conservador (derrotado en la batalla de Garrapata), sus amistades militares (la novela está dedicada a un general), sus ancestros pertenecientes a la elite neogranadina, su catolicismo de misa y procesión y su inquebrantable vocación de periodista y fundador de periódicos como *La Patria* y *El Orden* cuyos nombres traducen claramente su ideología.



Al final del libro se incluye la bibliografía de y sobre Luis Segundo de Silvestre. La portada corresponde a una obra de Edward Walhouse Mark, *Vista del río Magdalena* (1872).

La maldición y Tránsito

Múltiples son las afinidades entre las dos novelas pese a los veinticinco años que separan sus respectivas publicaciones y las épocas diversas en que ocurren (*La maldición* hacia 1820; *Tránsito* en los años cincuenta del siglo XIX): el protagonista es un letrado, viajero, un lector ilustrado: Andrés, en *Tránsito*, lee el periódico en plena balsa; las dos novelas abundan en las referencias al mundo clásico grecolatino y a la Biblia, aunque Madiedo tiende mucho más a la retórica, al lirismo, a las metáforas en serie, a las copiosas enumeraciones, a los desbordes de la imaginación (allí figuran lagos de plomo, murciélagos de azufre, sapos de fuego y llamas verdes) y a las comparaciones construidas con referentes locales (espuelas de gallo, saínos, ñeques, palos de coco, colmillos de caimán, burros viejos, etc.), mientras que de Silvestre se ciñe mucho más a la austeridad de la prosa; en ambas, los protagonistas se burlan de las creencias nativas y se resalta la belleza violenta, convulsiva del paisaje; los bogas, aunque irreverentes, respetan las jerarquías; los protagonistas y los personajes secundarios están separados por un abismo verbal; el discurso religioso sustenta las dos novelas, lo que le confiere a ambas obras un aire catequístico; la violencia (latigazos, incendios, cuchilladas, tiros) es una constante en las dos obras y se consume en los finales trágicos (homicidio y suicidio); la estructura de las novelas es la del viaje; en la representación de las respectivas regiones que sirven de escenario a las novelas (Cundinamarca y Tolima en *Tránsito*; Mompo en *La maldición*) ocupan lugar central el lenguaje, la comida (servida en canaletes) y la música popular (la música clásica es motivo de bromas); en las dos obras se presenta un nivel de realidad que trasciende el realismo, sobre todo, desde la perspectiva de los personajes populares, para quienes el mohán es una amenaza incesante; en las dos novelas los protagonistas escuchan llamados del otro mundo y se trata, literalmente, del llamado de los bogas; los no blancos son vistos como seres bárbaros (en *Tránsito* se habla de “las costumbres semibárbaras de los habitantes de la orilla del río” (pág. 115) y en *La maldición*, el narrador, al contemplar un baile, se pregunta: “¿dónde habrá monos capaces de aquella extrema expresión de lubricidad?” (pág. 91); en ambas se critica la falta de ambición de los nativos, su vivir al día y sin planes para el futuro.

Así mismo, hay semejanzas entre los autores; abogados ambos y conservadores, conocen con minucia los

territorios que recrean en sus obras; los dos muestran competentes conocimientos filológicos y asumen una actitud reverente ante la clase alta: incluso el narrador de *Tránsito* cuando está a punto de ahogarse, por no saber nadar, encorbatado y con botas, comienza a gritar en latín; Madiedo, aunque pertenecía al partido conservador fue uno de sus críticos más virulentos: mulato nacido en Cartagena y repudiado por su familia linajuda, al parecer nunca se conformó por no haber nacido blanco y rico; Madiedo también incorpora la

cultura popular y oral a la novela. Para los dos autores los cuadros de costumbres desempeñaron un papel vital al divulgar el gusto correcto y el modelo cultural de la clase dirigente para las clases media y baja. Los finales son ejemplares en este sentido. Carlos está maldito por haberse atrevido a transgredir por el amor las normas establecidas de respeto al poder patriarcal del padre de Lesbia. Su única salida es la muerte, aunque sea después



del perdón cristiano. La transgresión y la consecuente maldición generan una teoría de pérdidas: el amor, la razón, los padres y los bienes. El único camino correcto es, entonces, la preservación del statu quo. Andrés se resiste a la tentación del cuerpo femenino para no alterar los prejuicios sociales. Ni Andrés toca a Tránsito ni los bogas le dan la mano al blanco: las jerarquías están bien delimitadas.

Las numerosas semejanzas entre las dos obras nos revelan el gran valor de esta *Biblioteca del río*. Espacio privilegiado del encuentro de culturas que perfila nuestra identidad, el río, sus voces y sus letras han cumplido un papel fundamental en el tejido de los imaginarios que configuran el sentido de pertenencia a la tierra natal, a la región y a la nación, pero también constituyen un inventario de las utopías sin realizar, de las grandes mentiras de nuestra historia, de los candentes conflictos sin resolver, del fracaso de la nación, de los miedos vivos y, en fin, de los trabajos perdidos. De manera que volver nuestra mirada sobre esta esquina de la tierra para reconstruir la memoria individual y colectiva del río, podría contribuir, a través de la confrontación de las experiencias pretéritas con las del presente, a entender lo que hemos sido, dónde vamos, y a estimular el fluir de la conciencia crítica que conduzca a la inaplazable transformación de la realidad. De esta manera, el epítafio que cierra la novela *Tránsito* podría convertirse en una viable esperanza de reivindicación: “Post tenebras lucem”.

Ariel Castillo Mier